

Sorpresa de Curalava

y muerte de García Oñez de Loyola

Dice D. Crescente Errazuri (1), cuyas son estas noticias, que no ofrece la historia del inundo un caso semejante al de la interminable guerra de Arauco.

Todo el poder de los españoles, acostumbrados á vencer obstáculos insuperables de la naturaleza y del hombre, se estrelló contra la tenacidad de los araucanos, indios salvajes, indisciplinados é inermes.

Y aunque en algunas ocasiones creyeron los españoles en la sumisión de aquella nación bárbara, nunca como en tiempos de Loyola la consideraron definitiva.

A fines del siglo XVI gobernaba á Chile un hombre en quien corrían condiciones muy ventajosas, como administrador y como soldado.

D. Martín García Oñez de Loyola, después de haber aumentado considerablemente las poblaciones y las fortalezas en los puntos más importantes de su gobernación, se consideraba libre de cualquier intento de sublevación de los indios por los muchos años de paz casi absoluta que habían gozado, interrumpida apenas por ligeros ataques.

Las ciudades de Santa Cruz, Angol, La Imperial y Osorno en el va-

(1) Seis años de tu historia de Chile (23 de Diciembre de 1598, 9 de Abril de 1605), Santiago de Chile, 1881.

He del Centro, Villarrica al pie de los Andes y Arauco y Valdivia en la Costa, constituyan la base de la ocupación.

Numerosos fuertes las ponían encomunacación y hacia más y más difícil cualquiera revuelta.

Así, al menos, debía juzgarse.

Hasta después del desastre no llegaron á comprender los españoles que los últimos años de paz casi absoluta en Chile, habían sido para los araucanos años de paciente y provechosa preparación para la guerra, en que la muerte de Oñez de Loyola y de sus compañeros, fué el primer paso.

Jamás se vió en Chile sublevación semejante.

Nunca los indios estuvieron como entonces tan á punto de concluir con la dominación y de reducir á cenizas cuanto se había trabajado por colonizar y civilizar el reino.

Largos años de llanto y de luto esperaban á Chile.

Después de felices sucesos en la guerra, en que logró Loyola pacificar la parte de Chile situada al Norte de Biobío, nunca pudieron disfrutar los labradores del otro lado de este río sino de una relativa seguridad por los continuos ataques de los indios que acampaban á cuatro leguas de la ciudad de Angol.

Pero como no presentaban batalla, inquietando en pequeñas partidas que se disgragaban con suma facilidad, escribían aquellos vecinos al Gobernador dando seguridades de que estaban para siempre sometidas aquellas provincias.

Las únicas tribus que todos exceptuaban de esta supuesta ó aparente sumisión, eran las que ocupaban las cercanías de la Imperial y Puren, las cuales, lejos de cesar en la lucha, acababan de obligar á Loyola á abandonar el fuerte de Lumaco.

Las selvas de Lumaco servían de asilo á los indígenas, donde oculaban sus mujeres, ganados y riquezas, dejando en seguridad sus hijos mientras ellos combatían al español.

Loyola hizo levantar un fuerte para espantar á los indios y echar la base de una dominación perpetua.

Disimularon los indígenas mientras el General permaneció en la fortaleza; pero no bien salió con 200 hombres de caballería y 1.000 indios amigos á sofocar una revuelta en la provincia de Tucapel, atacaron el fuerte en gran número, obligando á laguardería, compuesta de 180 soldados, á defenderse detrás de los muros.

Viendo Loyola la imposibilidad de sostenerse en aquel punto con tan escasa guarnición, desamparó el fuerte con propósito de volverlo á ocupar cuando recibiera los auxilios que había pedido á España.

Este fué el único contratiempo serio que tuvo Loyola.

Desde entonces aumentó la alarma del país y muchos no creían en la aparente confianza que mostraban los indios, quienes aprovecharon para prepararse los seis años de paz que disfrutaban.

Adquirieron armas, aumentaron sus ganados, se ejercitaron en el manejo de las picas y del caballo, resultando tan buenos ginete como los españoles.

Sin duda hubo poca vigilancia por parte de éstos, que se abandonaron á una confianza ciega.

Sin embargo, algunos soldados experimentados aconsejaron á Loyola y lo advirtieron de sus sospechas y de las que adquirieron después de los intentos de asesinato que fraguaron contra el Gobernador algunos indios que venían como mensajeros de paz.

Onzé de Loyola fué, sin duda, muy confiado ó juzgó prudente disimular.

Hallábase el Gobernador en La Imperial, donde recibió carta del Capitán Hernando Vallejo, Corregidor de Angol, participándole que habían sido asesinados por los indios dos soldados del fuerte de Longotoro que habían salido á coger frutilla, siendo ésta la señal del levantamiento general de aquella comarca.

Intimábale que acudiese pronto con refuerzos.

El indio que llevó la carta, llamado Navalburí, comunicó antes la noticia al Cacique Pelantaro, jefe principal de los insurrectos.

Este formó enseguida su plan, pues creyendo que Loyola acudiría á Vallejo con pocos soldados, se propuso sorprenderlo en el camino, para lo cual hizo que llevase el indio la carta al Gobernador y que á él lo tuviera al tanto en lo que ocurriere.

Con el reducido socorro de 50 soldados y 300 indios amigos, el 21 de Diciembre de 1598, salió Loyola de La Imperial con dirección á Angol.

Pasó la noche en un lugar llamado Parlochuca, de donde el indio espía Navalburí envió un emisario á Pelantaro con el aviso ya convenido.

A la noche siguiente llegaron á Curalava junto á Quebrada Honda, donde se entregaron al sueño, descuidando toda precaución.

Es verdad que estaban muy ajenos del peligro que corrían. De tal manera y con tanto sigilo se condujeron los indios.

Pelantaro sólo había escogido 300 indios resueltos y astutos que dividió en tres secciones para que atacaran al campamento por otros tantos puntos.

Y cuando en la madrugada del 23 de Diciembre de 1598 dormían los españoles y los indios amigos descuidadamente, cayeron los enemigos tan de repente sobre ellos, sembrando la muerte y el espanto, que los pocos que escaparon de las manos de los indios se arrojaron al río que por allí corre caudaloso y perecieron ahogados.

Nadie pensó en defenderse y sólo un tal Araujo disparó su arcabuz, costándole la vida.

El General Loyola, que se distinguió siempre por su denuedo, ya que no podía vencer quiso, al menos, vender cara la vida, y trabó encarnizado combate, ayudado por sólo dos españoles, Galleguillos y Juan Guirao, que acudieron en su auxilio, y murieron con las armas en la mano como su bizarro y desgraciado Gobernador.

La sorpresa de Curalava fué una matanza horrenda, de la que sólo escaparon cuatro españoles, dos de los cuales, el Capitán Escalante y un soldado herido llamado Guzmán, fueron asesinados por los araucanos para celebrar el triunfo en medio de báquicas orgías.

El clérigo Bartolomé Pérez alcanzó piedad impetrada en lengua arauiana, que poseía perfectamente, y Bernardo de Pereda, á quien dejaron por muerto en el campo con 23 heridas; sacando fuerzas de flaqueza salió arrastrándose hasta La Imperial, tardando setenta días en salvar la distancia de diez leguas, tan desfigurado y exánime, que no podían reconocerlo sus propios parientes.

En una Relación enviada al Virrey del Perú por el Capitán Gregorio Serrano, que es un diario de los sucesos que ocurrieron en Chile desde la muerte de Loyola hasta 1.^o de Marzo de 1599, documento curioso y exacto en que se resumen aquellos trágicos sucesos, dice que los indios tomaron 400 caballos, los 80 regalados, 56 cotas y otras tantas sillas, 40 lanzas, 16 arcabuces, 3 vajillas de plata y 7.000 pesos de oro que traía el Gobernador, de su propiedad.

Tomaron otros 2.000 pesos de oro á su Secretario y Capitán Galleguillos y gran suma de ropa de Castilla y de la tierra.

«Desde la trágica muerte de Pedro de Valdivia—dice Errazuri—no había caído sobre Chile desgracia comparable á ésta,

»Y, atendiendo á las circunstancias en que acaecía y á lo preparado que se encontraban los indios para resistir á los españoles, la tragedia del 23 de Diciembre iba á tener consecuencias harto más desastrosas que la de 1.^º de Enero de 1554..»

La noticia de esta desgracia se extendió por el país con velocidad sorprendente.

Cuatro días después la llevaron á Santiago dos de los pocos indios que escaparon á la matanza.

El espantó se apoderó de todos los ánimos.

Los cincuenta soldados que componían la guardia del Gobernador eran casi todos vecinos de Santiago, pertenecían á la Compañía de Oficiales reformados y en Santiago tenían sus casas y familias.

Era Santiago, á la sazón, capital de la Colonia, y su Cabildo trató de remediar el daño haciendo frente á la desgracia.

Eligió para Gobernador interino á Pedro de Vizcarra, que se hizo cargo del mando en los momentos que llegó á Santiago la noticia de la muerte de Loyola, dando principio por levantar informaciones contra el desgraciado Gobernador.

Por ello le acusó Fray Antonio de Victoria, «íntimo y entusiasta amigo de D. Martín García Oñez de Loyola, no pudiendo ver, sin indignación, que se pretendiera hacer responsable de las funestas consecuencias de su desastrosa muerte á la propia víctima, que había sido uno de los más ilustres Gobernadores de Chile, cuyas cenizas, calientes aún, tenían derecho á esperar ser vengadas y no injuriadas.»

Felipe III trató á la familia de la víctima como acostumbraba tratar á los deudos de sus más beneméritos servidores.

Doña Beatriz de Goya y su hija se encontraban en la Concepción cuando acaeció la trágica muerte de su esposo y padre.

Eran muy consideradas en Chile y más aún en Lima, tanto por los puestos que había ocupado D. Martín, cuanto por ser Doña Beatriz hija de un Príncipe indígena, descendiente de los Incas del Perú.

Y aunque todo parecía retenerlas en Indias, prefirieron partir para España, donde fueron muy bien recibidas por el Rey, que dió á la madre valiosísimas encomiendas en el Perú, y creó para la hija el marquesado de Oropesa, casándola con D. Juan Enríquez de Borja, de la ilustre casa de Gandia.

La muerte de Loyola, al sembrar el espanto y la desolación entre los españoles, envalentonó considerablemente á los indios.

Fué el clarín de guerra que puso sobre las armas á todos los arau-canos.

Unas tras de otras fueron atacadas todas las fortificaciones y ciu-dades.

San Felipe de Arauco y Santa Cruz de Oñez, poblada por Loyola en las faldas del Catirai, fueron las primeras que destruyeron.

Martín de Irizar, que era Corregidor de Santa Cruz, al saber la muer-te de su Gobernador y paisano, prendió al cacique principal de Mare-guano.

Poco después, el 7 de Febrero, el mismo Pelantaro atacaba la ciu-dad con 1.200 indios, de los cuales 400 eran de caballería.

La guarnición se componía de 100 hombres, de ellos 80 eran arca-buceros.

Entre los indios vióse en la batalla uno que ostentaba la ropilla de Loyola con el hábito de Calatrava.

Profanación semejante no pudo consentir Martín de Irizar y consi-guió apoderarse del orgulloso indio.

Al fin, y aunque á nadie se le pudo ocultar el funesto efecto moral que había de causar el abandono de una ciudad floreciente, hubo de ser despoblada.

«Fundada cinco años antes por el Gobernador Loyola y decidida-mente protegida por él, la ciudad de Santa Cruz había alcanzado en tan corto tiempo prosperidad relativamente muy grande.

»Contaba el no escaso número de ochenta vecinos y dos conventos de religiosos franciscanos y mercenarios.»

Una Relación de Alonso de Rivera dice que la ciudad de Santa Cruz fué poblada el año 1594 por el Gobernador D. Martín García Oñez de Loyola, á 12 leguas de la Concepción, 14 de San Bartolomé y 8 de Arauco, á la otra parte del río Biobío, en la provincia de Millapoa y Mareguano, en términos de gente muy belicosa, á quien tuvo de paz juntamente con la de esta parte del río, que son los Coyunches, el tiem-po que duró su población, en cuya comarca se fundaron muchas estan-cias y heredades de viñas, sementeras y ganados, que de todo acudía en abundancia.

Tenía en sus contornos muchas minas de oro, labrindose las de Qui-lacoya.

D. Francisco de Quiñones, inmediato sucesor de Pedro de Vizcarra y el Capitán Alonso de Rivera con todos los demás capitanes, dieron

gran importancia la posición estratégica de Santa Cruz y lamentaron su despoblación.

Prueba irrecusable de los conocimientos militares de Oñez de Loyola, que la fundó, y procuró por todos los medios darla vida y prosperidad.

* * *

Sobre los restos de García Oñez de Loyola

Refiriéndose Alvarez de Toledo á lo que aseguraba uno de los que consiguieron escapar á la matanza de Curalava, dice que fueron siete los españoles que se pusieron al lado de Oñez de Loyola y sucumbieron con él.

En Febrero de 1608 algunos indios, al someterse al Gobernador Alonso García Ramón, le entregaron en prenda de fidelidad la cabeza de D. Martín García Oñez de Loyola, que hasta entonces habían conservado como trofeo de guerra.

Eso, á lo menos, auguraron ellos y eso creyó Alonso García, según carta que escribió al Rey en 9 de Marzo de 1608 desde el estero de Vergara.

El Padre Diego de Rosales en el capítulo XVIII del libro V dice que «Quiñones,después de despoblar la Imperial, hizo diligencias por buscar el cuerpo del Gobernador de Loyola para darle decente sepultura, porque hasta entonces estaba tendido en el campo, hecho pasto de las aves y expuesto á las injurias de los tiempos después de haber sufrido las de los bárbaros; y hallados sus huesos los llevó á la Concepción, dándole honorífica sepultura, los cuales, al transportarlos á Lima, en una recia tempestad los echaron al mar; que aún después de muerto le siguieron las tempestades á este buen caballero.»

«Sumamente inverosímil—agrega Errazuri—nos parece que se des cubriese y reconociese el cadáver de Loyola diecisiete meses después de la muerte del desgraciado Gobernador, pues la despoblación de La Imperial se verificó en Abril de 1600.

»Si llegaron á encontrarse los insepultos cadáveres de las víctimas en Curalava ¿cómo pudo distinguirse de los demás el de Loyola?

»Lo probable es que los indios lo despedazaran, como solían hacer con los de los españoles importantes, para repartirse los mutilados restos entre las diversas provincias que luego lanzaron el grito de rebelión.

Juzgams que nadie creerá lo que refiere Rosales, tanto por no encontrarlo mencionado en ninguno de los minuciosos documentos que hablan del viaje de Quillones, cuanto por io que acabamos de decir de la cabeza de Loyola.

No habría dado crédito á los indios Garcia Ramón, si el cadáver de Loyola hubiera sido encontrado y enterrado ocho años antes.

* * *

Al vulgarizar estas noticias históricas cumplimos el deber gratísimo de rendir homenaje de respetuosa admiración á la memoria de aquellos ilustres varones guipuzcoanos que, como Oñez de Loyola, Martin de Múgica y José de Garro, Gobernadores y capitanes generales del reino de Chile, dieron honra y prez á la raza.

Los recuerdos imperecederos que de sus heróicas virtudes y hazañas dejaron en aquellos remotos países, á conocimiento de las cuales no han podido sustraerse los más rabiosos detractores de la época del coloniaje, no se han borrado ni se borrarán jamás por haber pasado á las páginas de la Historia.

Bendigamos á quienes ofreciéndose en holocausto hicieron el sacrificio de la vida en honra de la patria española.

FRANCISCO SERRATO.

